

DEG 209

. CBS

1873



FONDO EDITORIAL  
VALVERDE Y TELLEZ



Biblioteca Universitaria  
de la Universidad de Sevilla

## NOTICIA

DE LA VIDA Y DE LOS ESCRITOS PRINCIPALES

### DE DON SEVERO CATALINA (1).

Deseosa la Academia Española de dar públicamente una prueba de particular aprecio á la memoria del ilustre malogrado académico Sr. D. Severo Catalina, al frente de su más extensa é importante obra, de la que es editora por cariñoso irresistible ruego del autor en los últimos momentos de su preciosa vida, hubo de confiar tan delicado encargo á uno de los individuos de su seno, y recayó la eleccion en el que consideró *ménos ocupado*: que razones tan accesorias y ligeras, al parecer, suelen venir á ser decisivas en materias de suyo graves y serias. Conste, pues, desde tan al principio, que este amoroso imperfectísimo trabajo es hijo de la obediencia y el respeto, no de la presuncion y de la arrogancia, pero en toda expresion de las ideas y juicios del biógrafo, no de la Academia.

Como de las fotografías, éste es el siglo de las biografias; y tan frecuente es tropezar con nuestra propia imagen impresa

(1) ADVERTENCIA. En esta *Noticia* se aprovechan frecuentemente datos, y á las veces se transcriben períodos tomados del excelente artículo necrológico escrito por el Sr. D. J. M. Antequera, é inserto en el número de *El Eco de España* correspondiente al 5 de Enero de 1872. Lo advertimos desde un principio, sin perjuicio de recordarlo cada vez que tengamos que apropiarnos lugares escogidos de su texto.

006450

por la luz mecánicamente, como con nuestra vida, redactada también maquinamente, no se sabe por quién ni á qué propósito. El siglo xx, para escribir la historia del xix, tendrá que empezar por destruir la mayor parte de los materiales que nuestra ociosa vanidad va acumulando.

Nada tan pueril, nada tan ocioso como la historia de las medianías ó de los individuos del vulgo: empeño parecido al de aquel que se propusiera poner nombre á cada una de las espigas de un inmenso campo de trigo ó á las hojas de los árboles de un bosque; ¡y ojalá que cada uno en nuestra esfera, al haber pasado, resultara que habíamos sido tan inocentes y tan útiles como la hoja ó la espiga!

Nuestro siglo —y basta ya de generalidades— al paso que demanda biografías por ociosidad, ó para consolarse con las imperfecciones y flaquezas de todos, no puede sufrir siquiera el nombre de *elogio*; y en esto último tiene buen gusto. Para serlo, un elogio, ha de faltar á la verdad, aunque sea por omisión y disimulo, ó ha de pecar por parcialidad en la apreciación de los hechos.

La presente *Noticia* no se dedica á una medianía, ni tendrá carácter de encomio. Un hombre verdaderamente notable, retratado sin otra pasión que la muy legítima que inspira el distinguido mérito: hé aquí el sencillo cuadro que ofrecemos. Cuadro por demás interesante, porque raya en fenómeno: Humilde nacimiento en pueblo ni muy visitador ni muy visitado, hacienda poca, débil temperamento, predisposición á gravísimos inevitables padecimientos, vida muy breve, por una parte; y por otra, pasmoso aprovechamiento en todo género de estudios, brillante carrera literaria, variedad de puestos y cargos, aptitud puede asegurarse que sobrada para todos y para todo, admiración universal, general simpatía, elevación natural y legítima á los más altos honores y destinos que la sociedad y las letras pueden proporcionar, sin queja, sin extrañeza, sin agravio de nadie.....; y todo esto sin otro valimiento ni intrigas que el mérito, sin saltos, ascensiones ni vuelos revolucionarios, sin favores caprichosos, sin abrazos ciegos de la fortuna. Para inventado, inverosímil; como hecho, admirable;

para modelo, inimitable; y todos, sin embargo, lo hemos presenciado.

Cuenca, madre cariñosa de buenos ingenios y de varones ilustres, le vió nacer el día 6 de Noviembre de 1832, ayer, como quien dice. Su padre D. Casimiro y su madre D.<sup>a</sup> Ángela del Amo, supieron, con reducidos medios, dar carrera á cinco hijos, que todos correspondieron dócilmente á sus cuidados. Desde Budia, provincia de Guadalajara, antiguo domicilio de los Catalinas, se trasladaron á Cuenca, porque ofrecía mejores recursos para su grande objeto: la educación de sus hijos. Él, de todos estimado por su honradez y mansa condición, desempeñó muchos años la mayordomía, ó sea la administración general de los bienes y rentas de la iglesia catedral, en aquellos *malos tiempos* en que las iglesias tenían bienes y rentas y necesitaban mayordomos. Y por ser nuestro D. Severo el último que nació en aquella honrada casa, hijo ya de la vejez de sus padres, fué por ellos muy particularmente querido y acariciado, tanto que la D.<sup>a</sup> Ángela apenas acertaba á vivir sin tenerle á su lado, ni él á respirar lejos de tan dulce compañía; y cuando la conveniencia y la necesidad trajeron consigo una dolorosa separación, fué con la condición expresa de que cada día el cariñoso hijo había de dar cuenta de su persona á la enamorada madre: y en efecto, en diez y seis años que vivieron apartados, no pasó un solo día sin que él escribiese, á las veces con lápiz y sobre la rodilla, el deseado «vivo y te amo, y te estrecho á mi corazón, madre mía», que ella esperaba impaciente y recibía como naturalísimo tributo de cariño y de filial ternura. Misterios estos de familia, no para referidos, y que irán ya escaseando cada día más, según van siendo de *rigidas* nuestras costumbres.

Era el niño Severo, sin deformidad, más bien delicado que débil de temperamento, llevando entónces su cerviz trabajosamente el peso de la voluminosa cabeza, indicio muchas veces cierto de grande memoria y capacidad, y también de precocidad. Como si todo anunciara que aquel cuerpo, aquella persona estaban destinados á tener la *monarquía del cerebro* por

constante gobierno. Porque la actividad que los niños emplean ordinariamente en probar y aprovechar y acrecentar el vigor de sus miembros, la dedicaba él á ver, atender, comprender y aprenderlo todo, tan apresurado, tan codicioso por saber, como si ya presintiera que del saber habia de necesitar pronto y mucho, y habia de poder disponer muy corto tiempo.

Por su afable condicion hacíase querer de todos, y sus travesuras se reducian á curiosidades y preguntas, extrañas en un niño, pero todas dentro de los límites de la oportunidad y de la prudencia, que parecian en él innatas, acompañándole despues toda la vida. De primeras letras tuvo excelentes maestros; pero hay que reconocer que, segun lo que en estos difíciles estudios adelantaba, algo de revelacion ó de interior iluminacion parecia descubrirse. Porque, cuando apénas hablaba ordenadamente, hizo la prueba, en presencia de algunos amigos de la familia, de relatar de corrido el abecedario á la inversa, ocasion en que uno de ellos, fijándose en esto y en la configuracion y desarrollo de aquella cabeza, pronosticó ya lo que estaba destinado á ser el niño (1).

En cuanto á lo material de escribir, era pasion, era vocacion la suya. No cesaba un punto de ejercitarse, y esto sin respeto á las paredes ni á las mesas, logrando así, no sólo un bello carácter de letra, excepcion casi única entre nuestros literatos, que hace muy legibles todos sus apuntes, sino suma facilidad y soltura, y costándole esta irresistible propension algunas bur-las y hasta reprensiones de sus maestros (2).

(1) Se alude al Excmo. Sr. D. Fermin Caballero, constante amigo del Sr. Catalina, que le ha sobrevivido, y dedicado un artículo necrológico, notable, en medio de su brevedad, por el profundo sentimiento y la vehemencia y originalidad de estilo, que brillan en todas las obras de tan ilustre escritor como celoso patricio. Se publicó en el número 44 de *La Ilustracion de Madrid*, correspondiente al 30 de Octubre de 1871.

(2) A este propósito podrían referirse algunas de las que llamaríamos de buena gana sus *travesuras caligráficas*. De tal modo manejaba la pluma, que era muy comun, cuando se hallaba en reuniones de aquellas en que no conviene hablar y mejor es entenderse por escrito, verle cómo dirigia sus observaciones, avisos ó preguntas al compañero de enfrente con tal artificio, que resultaban en el papel rectos y al derecho

El latin, el mayor tormento de los niños, y en realidad el más complicado y difícil de los estudios, fué como diversion y recreo para Catalina. En dos solos años, es decir, con dispensa del segundo, llegó á ser tan consumado latino como los puede formar un Arte y lo consiente la niñez en que se encontraba. Otra edad, mucha lectura, el estudio comparado de los idiomas y una rara disposicion para dominarlos, le hicieron más adelante aprovechadísimo, y tan diestro en manejarlo como para enseñarlo. Así fué que cuando el último año de su vida buscaba en Biarritz distraccion para sus penas y para sus males, reunió en su casa varios jóvenes, que sin gramática ni casi estudio aprendieron en seis meses á traducir del latin, y hasta á componer tolerablemente, guiados por sus preceptos é ingeniosos métodos. Y como bien merecida alabanza del maestro y del discípulo, recordaremos aquí que en el Seminario conciliar de Cuenca, y bajo la direccion del Presbítero D. Vicente Puerta, se formó en dos años un latino tan distinguido como D. Severo Catalina, el que ántes de cumplir los trece habia coronado los estudios de la segunda enseñanza con los del frances y el italiano, en que tambien salió muy aprovechado, en el Instituto de la misma ciudad.

Trece años, lo repetimos, tenía á todo esto; y si nos paramos un momento aquí á reflexionar qué torrente de ideas y de conocimientos habia ya para entónces entrado en aquella capacísima cabeza y tomado ordenadamente asiento, fijándose en ella para siempre, rayará en pasmo nuestra admiracion. Porque, deducido el tiempo de la primera niñez, el que necesariamente empleamos todos en el conocimiento de la creacion exterior, en aprender á aplicar los nombres á los seres y á las cosas, y éstos á los nombres, en atesorar y ordenar ese inmenso caudal de palabras que á todas horas entra por los oidos y por

los caracteres para el lector, y necesariamente á la inversa para quien los escribia.—Su *facultad*, y mejor dicho, su *facilidad imitativa* era tal, que á primera vista reproducia con pasmosa semejanza toda clase de letras, rasgos y firmas. Cosa que, ejercitada inocentísimamente y por pasatiempo, producía á menudo la sorpresa y la risa de sus íntimos amigos.

los ojos del niño, y algo también descontamos para aquel ocio aparente y aquellas pruebas y ensayos, al parecer absurdos, en que á todas horas se ejercita, ¿qué espacio nos quedará para la adquisición y digestión de tantas ideas como ya formaban el rico depósito de saber del niño Severo en una edad tan tierna?— Ya se ve: para dar tantos y tan tempranos frutos, necesario era que la nutrición fuese tan perfecta como rápida.

Entonces, en 1845, vino á continuar sus estudios en la corte; pero, por gran fortuna suya, al lado y bajo la dirección de su hermano el Sr. D. Gabino Catalina, sacerdote ilustrado y amantísimo del niño, en cuya compañía vivió algunos años, y que durante ellos fué aquella segunda persona que suele existir al lado de los hombres ilustres, identificada con ellos, para prestarles á toda hora sus inapreciables oficios.

Dos años de lo que se llamaba filosofía, cuando andaba tan humillada que de ella se *ascendía* á la medicina ó á la jurisprudencia, considerándola *facultad menor* y áun *arte*; dos años, en los que, como siempre, fué hallado sobresaliente, le prepararon para el grado de bachiller, que obtuvo por unanimidad á la edad de quince años, en 1847.

Ahora, para no dar á esta sencilla *Noticia* el aire de una relación de méritos, copiaremos de los apuntes necrológicos del Sr. Antequera las siguientes cláusulas, en que se resume el resto de la carrera literaria de nuestro D. Severo: «Con la misma nota de sobresaliente ganó los ocho cursos de la facultad de jurisprudencia, desde este año (1847) hasta el de 1855, obteniendo los grados de bachiller, licenciado y doctor por todos los votos. Al mismo tiempo y con iguales censuras cursaba todas las asignaturas de la facultad de filosofía y letras, recibiendo en ellas los grados de bachiller y licenciado, y estudiaba dos años de árabe y dos de teología. Así fué que cuando en Marzo de 1857 tomaba el grado de doctor en la facultad de jurisprudencia, contaba, como dijo en aquel acto su padrino D. Joaquin Aguirre, muchas más notas de sobresaliente que años de edad (eran á la sazón los suyos veinticinco). De este hecho se habrán visto muy pocos ejemplares en la historia de

los más aprovechados alumnos.» Hasta aquí copiamos al señor Antequera.

Tal es en compendio la historia de la carrera literaria del joven Catalina; y como tan en breve empezó á dar variados y sazonados frutos, ocurre á cualquiera inferir que para conseguir formar grandes y aprovechados estudiantes, no habría sino seguir la misma serie de asignaturas y el mismo método que él observó. Error, aunque disculpable; no está en las asignaturas ni en los métodos: está en la privilegiada capacidad é increíble aplicación del alumno, en este caso, el secreto del maravilloso aprovechamiento.

Falta, sin embargo, dar alguna idea de cómo completó su carrera literaria—el período de adquisición oficial de conocimientos—con el profundo estudio de las lenguas orientales, que á poco se convirtió en pasión dominante, y hasta en verdadera profesión de Catalina. Y porque de esto da alguna idea un precioso escrito suyo, que al mismo tiempo descubrirá cómo el fundamento de todo era la pureza de costumbres y un espíritu sólidamente religioso, no se extrañará que traslademos aquí algunos períodos, á riesgo de una temible comparación entre los dos estilos.

Tuvo D. Severo, graduado ya y reconocido como una de las lumbreras de la primera universidad de España, la imponderable satisfacción de apadrinar á su querido y respetado hermano mayor D. Gabino, en el acto de recibir éste la borla de doctor en teología, en 7 de Marzo de 1858. El discurso que pronunció en aquella memorable solemnidad, además de la acostumbrada elegancia y de exquisita ternura, ostenta no poca originalidad, y comprende datos muy interesantes para nuestro objeto.

..... «Diez y nueve años de edad, poco más tendría (dice de su querido hermano), cuando terminada su carrera de teología, se sentaba en una cátedra del Seminario de Cuenca; á la sazón, yo que hoy le sirvo de padrino, apenas daba vista al límite de la infancia, desde el cual comienza á divisarse el cam-

po de la razon; esto es, mi hermano comenzaba á ser maestro cuando yo no habia comenzado á ser discípulo; bien pronto comencé á serlo suyo.....; no por lo que hace á la educacion literaria, sino á otra educacion más transcendental, la religiosa; me enseñó á temer á Dios; me llevaba diariamente de la mano á postrarme en el templo de la Divinidad..... Sin su docto consejo yo no hubiera abrazado al tiempo mismo que el de la jurisprudencia, el estudio de las lenguas orientales..... Sin la cariñosa direccion de mi hermano, yo no hubiese llegado tan pronta y felizmente á punto de recibirlo en este sitio..... etc.»

Cabe en los demas estudios, hasta en el de las ciencias exactas, adelantar, suplir, adivinar mucho por intuicion ó en fuerza de una razon muy despejada; se concibe que muy niño aún Euler adivinase y dedujese por sí solo una buena parte de los teoremas geométricos que forman, con casi divino encadenamiento, los elementos de Euclides; pero ¿cómo dar un solo paso en el arduo estudio de las lenguas eruditas, sino en virtud de constante incansable aplicacion? — Sobresalir á un tiempo en todos los numerosos ramos que forman lo que se llama jurisprudencia, los que en su mayor parte consisten en nociones positivas de aquellas que no se adivinan ni infieren como no se aprendan, y en el estudio del árabe y el hebreo, supone un hábito de atencion y de aplicacion extraordinario, y una como dualidad ó pluralidad en la facultad retentiva y distributiva del alma, que apénas se conciben ni se creen. Es verdad que venció al cabo la vocacion á los estudios filológicos, hasta el punto de hablar de ellos á las veces cual ciego enamorado; como cuando su clara razon no comprendia las majestuosas sublimes creaciones de Miguel Ángel, ni con el cincel ni con el pincel, al representar con inimitable propiedad y grandeza los personajes y los asuntos bíblicos, á ménos de concederle profundo conocimiento de la lengua hebrea; cosa que nadie ántes habia sospechado siquiera, ni él mismo pudo mantener formalmente. Y si á los que somos vulgo nos atormenta el deseo de averiguar cómo distribuyeron los sabios sus horas y su tiempo hasta llegarlo á ser, no vayamos á inquietar á Catalina con semejante pregunta; su contestacion sería:

«¡Distribucion, distribucion! yo nunca pensé en eso, yo estudiaba siempre.» Verdad que habrémos de apellidar triste, porque acaso contiene la explicacion de la brevedad de una vida, que tanto hubiese convenido á las letras prolongar y dilatar. Preciso es transigir con estos excesos, á la manera que admiramos las increíbles austeridades de los anacoretas; de otro modo nos expondríamos á condenar la pasmosa laboriosidad de San Jerónimo, San Agustin, Santo Tomas, el Tostado y otros.

Era tanta la de D. Severo Catalina desde su más temprana juventud, que servia sin esfuerzo como despertador á los compañeros de hospedaje, á cualquier hora que lo necesitaran para sus ocupaciones extraordinarias; el studiosísimo jóven nunca dormia las noches, y apénas se concedia dos horas de descanso, ya entrado el dia, para volver á la febril actividad. Porque si asombra lo que sabemos cómo y cuándo lo aprendió, es infinitamente más lo que vemos que aprendió y no sabemos cómo ni cuándo. Y nótese que entre sus muchos y notables escritos, ninguno hay que verse sobre punto alguno profesional; todos tienen cierto carácter libre y misceláneo, que exige gran fondo y preparacion anterior.

Mejor prueba de su variada y rica erudicion tenemos en el hecho de haber empezado á distinguirse desde muy temprano en la prensa periódica, ejercicio que á conciencia y con dignidad es para pocos. Cursaba *leyes*, y por lo visto *letras, administracion y lenguas orientales*, cuando en 1852 contribuia ya con artículos al *Reformador conquense*, que se publicaba en la Ciudad, su patria; y en 1856 era redactor del diario político *El Sur*; y como observa el Sr. Antequera, «no fueron éstos sus trabajos más notables y más asiduos en la política militante. Su campaña más brillante fué la que hizo en *El Estado*, que publicaba el Sr. Campoamor en los años de 1857 y 58. Poco despues ayudó algun tiempo á los trabajos de *El Horizonte*, que se daba á luz en 1858; escribió en *La España* hasta Abril de 1864, en que fundó *El Gobierno*, que cesó en fin de

Diciembre de 1865.» (Hasta aquí el Sr. Antequera.) Trabajos todos estos desempeñados con asombrosa precipitación y, como suele decirse, *stans uno pede*; porque solía despacharlos de sobremesa, rodeado de las personas que le eran familiares, sin desatender á sus conversaciones, haciendo de carpeta una orilla del mantel, y como quien juega con la pluma y rasguea con ella; pero trabajos no efimeros, no tan pasajeros como suelen ser los que alimentan á la prensa diaria—ligeras y hasta ociosas conversaciones sobre las cosas del día; que tal origen tienen otras como *La Mujer*, y capítulos muy importantes de *La Verdad del Progreso*, que han echado hondas raíces en el campo de nuestra literatura contemporánea, con trazas de perpetuarse y de pasar á la posteridad.

Otra prueba conviene añadir de la universalidad, digámoslo así, del talento de D. Severo Catalina. Ya produjo nuestra admiración el verle tan dispuesto, tan especial para todas las ciencias morales, como para la erudición, la filología y la lingüística; ya nos quedamos asombrados de la docilidad de aquellas grandes facultades tan útiles para toda clase de estudios... Pues bien, ¿adónde llegará nuestro asombro al considerar que aquella mente, aquella memoria tan sobrecargada de signos, de reglas, de textos, de hechos, no comprimiese, no ahogase cualquiera expansión, cualquiera lozanía de la imaginación y del ingenio?—¡Catalina era poeta! no sólo como lo han sido y tienen que serlo todos los buenos escritores; sin exceptuar los naturalistas, los químicos, ni los mismos médicos, puesto que no cabe agrandar en ningún género sin algo de creación y de fantasía, á cuyo agrado podríamos llamar *elemento poético*; sino *ex-professo* y tomando este mismo agrado y gracia y galanura como principal objeto.

«Acaso ántes de empezar carrera mayor (nos dice su digno hermano, el Sr. D. Gabino, en una de las preciosas apuntes con que ha tenido á bien auxiliarnos en nuestro actual propósito), cursando en el Instituto de Cuenca, escribió una comedia, que tal vez esté entre sus papeles, y tal, que al leerla

un entendido párroco, hoy dean de Zamora, aseguró contenía versos que ni Zorrilla los haría mejores» (1). Esto necesariamente ántes de los quince años. No ha parecido el original, ni sabemos siquiera el título de la obra; pero como ningún niño se arroja á emprender una comedia en verso sin haber probado ántes sus fuerzas en composiciones ligeras, claro está que Catalina dedicaba sus *ocios* (si es que alguna vez estuvo ocioso) á ensayarse en la poesía. Afición que conservó siempre, y á la que debemos restos muy curiosos y hasta notables. El carácter de sus poesías, las buenas cualidades que en ellas dominan, son la sencillez, la corrección, la delicadeza, la ternura y á veces la gracia; que rara vez en las composiciones libres y espontáneas dejan de quedar retratadas la verdadera índole y la condición del poeta.

De nada huimos tan cuidadosos como de la exageración, á que tan propensos suelen ser los escritos de este género; no presentamos á Catalina como gran poeta; sea por lo que quiera, no ha dejado obras que á tal eminencia deban ensalzarle. Pero, además de las cualidades que hemos creído reconocer en las pocas muestras y ensayos que se nos han comunicado, hay una dominante y harto rara al mismo tiempo; la flexibilidad, la suma facilidad en imitar á los demás poetas, incluso los eminentes, hasta el punto de equivocarse muchas veces la imitación y el modelo. Y para que se vea cómo su feliz imitación se extendía á géneros diversos y hasta los casi opuestos, baste indicar que en un solo rato de buen humor, ó cuando ménos en una misma ocasión, se propuso imitar á Fr. Luis, á Quevedo, á Hartzzenbusch, á Lope de Vega, á Campoamor, á García Gutiérrez, á Calderón, á Moreto, á Tirso de Molina, á Rioja, á Martínez de la Rosa, á Meléndez, á Selgas, á Santa Teresa, á Jorge Manrique y á Ruiz de Alarcón; escritores á cual ménos imitable, Ardua empresa que desempeñó sin esfuerzo y gallardeándose en un rato de esparcimiento; tributo á una reunión casera, precisamente en la ocasión que ha solido producir las peores posibles coplas, una noche de *estrechos*.

(1) Véase el apéndice al fin.